

CUMPLIERON SU PROMESA

Jonás, un muchachito sudamericano, había oído la maravillosa historia de Jesús por medio de la “abuelita”. Ella no era realmente su abuela, pero él la llamaba así, porque la quería mucho. La “abuelita” empezó a llevarlo a la escuela sabática cuando él tenía ocho años. ¡Cómo le gustaba a Jonás ir allá! ¡Y cuánto amaba a los niños de la misión! Pero cuando habló de unirse a la Iglesia Adventista, su padre y su madre no le permitieron más asistir a las reuniones.

Un día, Jonás enfermó. El doctor iba a verlo todos los días. Un día el doctor dijo que Jonás no sanaría. “Mamá, yo quiero sanarme —dijo Jonás—. Yo sé que Jesús puede curarme. Por favor, pídele al predicador adventista que venga y ore por mí”.

La madre de Jonás no era cristiana y no deseaba que el predicador fuera a su casa, pero Jonás siguió insistiendo.

Por fin, mandaron llamar al ministro. Él oró para que Jonás sanara pronto.

Cuando el predicador abandonó la pieza del enfermo, éste llamó a su madre junto a la cama. “Dios tiene que haber oído la oración del predicador —le dijo—. Yo creo que me voy a sanar. He prometido a Dios que voy a trabajar por él en cuanto me sane. Pero mamá, tú tienes que prometer algo también. Si tú no prometes hacer lo que te voy a pedir, no creo que Dios me sane. Por favor, mamá, promete que me dejarás asistir a la escuela sabática si me sano”.

La mamá contestó: “Sí, podrás ir a la escuela sabática”.

“¿Me prometes algo más, mamá?” pidió Jonás.

“¿Qué es, hijo mío?” preguntó la madre.

“¿Prometes ir conmigo a la escuela sabática?” rogó el muchacho.

La madre deseaba complacerlo, así que le prometió que iría. Jonás se sanó. ¡Qué contento estaba! Vez tras vez dio gracias a Jesús por haberlo sanado y por haber ayudado a su madre a hacer esa maravillosa promesa.

Ahora la madre casi deseaba no haber prometido nada. Pero no podía quebrantar una promesa que había hecho a su hijito cuando estaba enfermo. Así que el sábado siguiente permitió a Jonás que fuera a la iglesia, pero no lo acompañó.

Los días de la siguiente semana pasaron uno tras otro. Cuando llegó el viernes, Jonás dijo: “Mamá, tú dijiste que me acompañarías a la escuela sabática. Debes cumplir todas tus promesas porque Jesús cumplió la suya”.

La madre de Jonás no deseaba ir a la escuela sabática, pero reconocía que Jesús había cumplido su promesa.

Llegó la mañana del sábado y Jonás estaba de nuevo en camino hacia la iglesia, pero esta vez no iba solo. ¡La madre caminaba a su lado!

Sábado tras sábado, Jonás y su madre iban juntos a la iglesia. Cuando llegó el momento de bautizarse, Jonás no quiso hacerlo solo. De nuevo su madre fue con él. Ella también estaba preparada para bautizarse. Después que Jonás fue bautizado, quiso que sus amigos y vecinos amaran a Jesús y fueran felices como él. Así que los sábados por la tarde iba de casa en casa regalando folletos y revistas. También daba algunos estudios bíblicos. Jonás también estaba cumpliendo su promesa.

Poco después, había muchos otros que recorrían cada sábado de mañana el camino hacia la escuela sabática de la misión.